

# Sección bibliográfica

## SUICIDIO Y DIFERENCIA \*

Para Paul Valéry «el suicidio siempre es la ausencia de los otros», y casi al final de su libro Tijeras concluye que «debemos hablar de los suicidios y no del suicidio» (p. 277). Precisamente éste es el punto de partida del excelente, minucioso y hasta apasionante (para quien goza, en mayor o menor grado, de una vocación suicida) libro que comento: el «estupor» reside en el hecho de que el suicidio no puede reducirse a estadísticas o generalizaciones más o menos «comprensivas», pero simplificadoras. Tampoco el determinismo político o social es causa suficiente, ya que ni el capitalismo lo evita ni el socialismo de cualquier rostro lo supera. Hablar de los suicidios permite abarcar la diversidad de casos y de causas que los motivan: algunas evidentes, otras más o menos hipotéticas. Por otra parte —y valga la paradoja—, la referencia plural es la más adecuada para captar coincidencias o, al menos, la certeza de una constante: esa que transita de la «ausencia de los otros», en Valéry, a «la indiferencia del mundo / que es sordo y es mudo», en el tango *Yira, yira*, de Enrique Santos Discépolo.

El libro de Tijeras abarca una revisión de los «pormenores» de la estadística, así como de los clásicos de la «literatura suicidológica». Después de estos dos capítulos que sirven de introducción al tema, a través de síntesis e inquietudes e interrogantes sobre el mismo, continúan los dos ejes entre ilustrativos y amplificadores de la diversa realidad del suicidio: un *esquema histórico*, que incluye los casos míticos (Egeo, Dido, Orfeo) el fenómeno suicida y su teorización entre los filósofos de la antigüedad, en la Edad Media y Moderna; un *esquema sociológico*, que se detiene en la descripción y caracterización de suicidas históricos, englobados como «revolucionarios, políticos y

---

\* Eduardo Tijeras: *El estupor del suicidio*. Edlt. Latina, Madrid, 1980, 310 pp.

militares», científicos, artistas, toreros y deportistas, «financieros y empresarios, estafadores y asesinos», «deudos de la celebridad». Lo enunciado hasta ahora, que constituye la primera parte del libro, se cierra con un capítulo sobre «otros aspectos generalizados del suicidio», donde se registran los suicidios motivados por ruina económica, hambre, miedo, exilio; los suicidios en masa, regidos por el fanatismo como en el caso del Templo del Pueblo; y, por fin, curiosas alusiones a la influencia eléctrica de la atmósfera en el psiquismo o al aumento del índice de suicidios en noches de luna llena.

La segunda parte está ocupada casi totalmente por el problema del suicidio del *escritor contemporáneo* designación que toma como punto de partida la Revolución Francesa. A pesar de todo, aunque escapa a ese plan, pero sirve de antecedente y «símbolo del destino aciago que la sociedad reservaba al poeta puro», Tijeras incluye el caso de Thomas Chatterton, que se suicidó a los dieciocho años, en 1770.

En una larga lista de escritores aparecen Carolina de Günderrode, Kleist, Larra, Nerval, Castelo Branco, Asunción Silva, Emilio Salgari, Georg Trakl, Felipe Trigo, Esenin, Maiakovski, Raymond Roussel, Walter Benjamin, Virginia Woolf, Antonin Artaud, Cesare Pavese, José María Arguedas, Paul Celan, Yukio Mishima, Alejandra Pizarnik, Ulrike Meinhof, Nikos Poulantzas, etc. Hay una especial referencia a los rioplatenses, sobre todo por la proximidad cronológica, coincidente con la «Década infame» en Argentina: Horacio Quiroga (1937), Leopoldo Lugones (1938) y Alfonsina Storni (1938).

La obra de Tijeras se cierra con un *Epílogo* y una *Recapitulación sobre España*, así como una *Fraseología del suicidio*, que sirve como aproximada síntesis de distintos pensamientos y enfoques del fenómeno. Importante la «recapitulación», porque permite denunciar el enorme peso de la censura y reflejar los alcances del tabú del suicidio bajo un régimen totalitario como el franquismo: «¿Cómo aceptar que los ciudadanos se quiten la vida con desprecio de todos los valores en un sistema político que se consideraba a sí mismo la "reserva espiritual" de Europa?» (p. 274). Implícito y complementario de este tabú en España es el análisis (por así decir) que hacía Eisenhower, cuando relacionaba la alta tasa de suicidios en Suecia con la tendencia izquierdista de su Gobierno.

El biólogo Henri Laborit, en *Mon oncle de l'Amérique*, de Alain Resnais, continúa de algún modo la tradición freudiana al afirmar que cuando el hombre no puede descargar su agresividad sobre los demás, cuando inhibe su acción posible, utiliza el suicidio: forma de la autoagresión. Albert Camus, citado por Tijeras, reconocía la dialéctica entre el crimen y el suicidio. Directa o indirectamente, ésta

es la otra cara de una condena a muerte, desde Sócrates hasta el condenado anónimo que alude el castigo de los otros. Ese es su componente dual: tragedia de la inadaptación o del rechazo de lo establecido y, al mismo tiempo, encuentro de una salida liberadora. «Hay dos vertientes principales: que el hecho, en términos generales, sea verdaderamente asesinado y trascienda versión de suicidio, o que el hecho sea verdaderamente suicidio y la implicación moral equivalga a asesinato» (p. 96).

El suicidio, como acusación; su contenido implícito: el reverso es el asesinato; las formas más o menos inconscientes de la autodestrucción tienen otros nombres, y entre ellos está el que entiende el suicidio como actualización de una tendencia que se desarrolla «mucho antes de empuñar el arma» (p. 25), cualquiera que ella sea. Las formas crónicas del suicidio encierran experiencias tan diferentes como la de los mártires y ascetas, o las sobredosis de los dogmáticos, o las conductas antisociales en general. Menniger, autor de esta interpretación, explica que en el suicidio se conjugan tres elementos: el agresivo, el autopunitivo y el erótico. No está lejos de esta idea, que reúne la santidad y la perversión—junto con el sentido acusador de lo autodestructivo—, ese hermoso filme de Jean-Luc Godard *Vivre sa vie*, donde la puta se reproduce, por la simetría de los contrarios, en la Juana de Arco mártir de la sociedad represiva contra la que lucha.

La síntesis de estos conceptos la da ese adagio chino que cita Tijeras y que dice que la mejor venganza contra un enemigo es suicidarse frente a la puerta de su propia casa. Una venganza que, como muchos actos suicidas, incluye también un sentido de lo espectacular, de afirmación de la propia identidad, que se libera por la autodestrucción. Por eso la frase del político romano Catón: «Ahora soy mío», trasciende su caso y vale como definidor de muchos otros suicidios.

Pero un hecho encierra su propia contradicción, y más en el caso de la diversidad del fenómeno suicida, según señala Tijeras. Catón era estoico, y *El estupor del suicidio* marca el vínculo entre la reflexión griega sobre el asunto, especialmente la concepción estoica, y la reacción (consciente o no) de muchos personajes del nacional-socialismo. «No hay mucha diferencia entre—a efectos del binomio condena a muerte-suicidio— el Imperio griego y la Alemania nazi» (página 99). El suicidio va unido a la necesidad de restablecer la honra agraviada: la decadencia del Tercer Reich lleva a extremos grotescos esta verdad, sobre todo cuando se trata de divinizadores del Führer y el Imperio y, por tanto, del destino «imperecedero» de una raza.

Si Tijeras dedica casi la mitad del libro al *escritor contemporáneo*, lo hace porque considera que «su entera obra literaria puede equivaler a una larga y exquisita nota explicativa con más posibilidades que la simple esquila garrapateada poco antes de apretar el gatillo o ingerir la pócima» (p. 154). La decisión suicida en el escritor, ha aclarado poco antes Eduardo Tijeras, obedece a las mismas causas que impulsan al resto de la gente, pero su conducta resulta más «explícita».

El gesto del suicida—y rescato esta mención y mérito del libro: nuevamente, él es una reconstrucción de gestos autodestructivos más que una sarta de generalidades—, además de ser un gesto acusador, repercute en todas las épocas y supone la negación de los prejuicios religiosos (*sensu lato*). En varias ocasiones afirma la propia libertad y rechaza el peso de los dogmas: «El suicidio es uno de esos "trapos sucios" que las convenciones sociales repudian. Nuestra sociedad está preparada para reconocer el éxito y, en todo caso, la dignidad de la muerte natural» (p. 130). Como la presentadora de una cadena de la televisión norteamericana, Chris Chubbuck, treinta años, quien, en 1974, se suicidó frente a los televidentes anunciando: «Conforme a la política de nuestra cadena, que os ofrece todas las mañanas vuestra ración de sangre y violencia, vais a asistir a una gran *premier*: una tentativa de suicidio en directo» (p. 128).

Tijeras llega a afirmar que «el suicidio erosiona las grandes palabras, y precisamente actúa por las grandes palabras» (p. 272). Esa es su gran paradoja y, al mismo tiempo, un nuevo pie para las múltiples «pequeñas» preguntas que el fenómeno provoca. El poeta catalán Gabriel Ferrater declaraba, en una nota autobiográfica, que odiaba «las casas en que hace frío y las ideologías» (p. 260), así como amaba «los tobillos jóvenes y el silencio». Hay un afán de absoluto que preside la voluntad suicida: un deseo de permanencia complementario de un deseo de muerte que se niega a sí misma. Las huellas, los preparativos del espectáculo de la propia muerte, como la mujer que en Vigo se desprendió de las botas, la chaqueta, los cigarrillos y las cerillas antes de arrojarle al agua, revelan muchas veces que el suicida quiere durar y no cree del todo que va a morir.

Si *El estupor* del suicidio, repetimos, señala los límites de la generalización y, paralelamente, pone énfasis en la singularidad del hecho suicida; si, después de una primera lectura ávida por conocer los «casos» (justo es reconocerlo, morbosidad aparte), descubrimos los interrogantes e hipótesis, en esta gradación, estoy seguro, el libro estimula esas y otras preguntas (inéditas) en quien lee. Los ultradefensores del derecho a la vida, pero cómplices de masacres y otras